

Cuando el corazón está perdido

Dub McClish

Al estudiar la triste historia de las apostasías cíclicas de los descendientes de Jacob, es difícil no criticar duramente su locura. Dios nunca lo hizo antes ni volverá a elegir y bendecir a una nación como lo hizo con Israel cuando Él, con mano poderosa, la sacó de Egipto y le dio una tierra maravillosa. Cuán vergonzosamente empezó a desperdiciar su lugar de privilegio incluso cuando apenas había escapado de Egipto. Por su incredulidad, toda la generación de los que cruzaron el Mar Rojo (con sólo dos notables excepciones) tuvo que perecer en el desierto.

La generación que Josué condujo a través del Jordán y que Dios permitió someter a Canaán parecía estar hecha de mejor material que su predecesora. Sin embargo, con la muerte de este líder piadoso y su generación, el historiador inspirado informó con tristeza:

Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel. Después los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y sirvieron a los baales (Jueces 2:10-11).

Los ciclos de fidelidad-infidelidad continuaron durante el período de los Jueces. Cuando Dios permitió las demandas del pueblo de tener un rey, estas circunstancias no mejoraron mucho. Los monarcas tanto del Reino Unido como del Reino Dividido eran un grupo corrupto y lamentable en su mayor parte (sin excepción en el Reino del Norte). Los pocos reyes nobles y piadosos de Judá no pudieron vencer la influencia maligna de los impíos. En consecuencia, hacia finales del siglo VIII a.C., Dios ya no podía tolerar la degeneración de Israel. De esta manera, permitió que Asiria abrumara a Israel en el 722, poniendo fin para siempre a su existencia como nación independiente.

Justo antes de la destrucción de Israel, Dios llamó a tres hombres a profetizar. Isaías fue su profeta "citadino" en Jerusalén, Oseas fue su profeta específicamente para Israel, mientras que el menos conocido Miqueas era un hombre de raíces rurales de la aldea de Moreset en el oeste de Judá. El mensaje de Miqueas estaba dirigido tanto a Israel como a Judá (Samaria y Jerusalén [1:1]). Anunció la ruina de Israel, las razones de la misma, y luego las presentó como lecciones objetivas a Judá para que pudiera aprender mejor y escapar del mismo destino. La corrupción en Israel era irreparable, y menos de veinte años después de la descripción gráfica profética de Miqueas (1:6), los asirios arrasaron la malvada capital.

Jeroboam corrompió la adoración de Dios en Israel desde el primer día de su condición de nación. La corrupción fue sistémica e incluyó becerros de oro como objetos de adoración, templos sustitutos, un sacerdocio no autorizado y nuevos días de fiesta. Fue un paso fácil para

Acab y Jezabel introducir más tarde la adoración de Baal. La implosión moral y religiosa sufrida por Israel selló su perdición. La historia ha demostrado que ninguna nación, ni siquiera una elegida por Dios, puede sobrevivir indefinidamente sin fuertes fundamentos morales. Cuando se ignoran o se abandonan, se produce una desintegración inevitable y el eventual colapso nacional es seguro.

A pesar de cierta mezcla con la idolatría, Judá al menos mantuvo el sacerdocio levítico, el sistema de sacrificios y los días de fiesta, todos centrados en el templo. Sin embargo, es evidente por los profetas de este período, especialmente Miqueas, que las prácticas religiosas eran meros rituales: formalidades superficiales y huecas. Lo que hacían en religión no sólo era una ceremonia fría y despiadada, sino que también estaba diluida para que no tuviera impacto ni relación con su vida diaria.

Los príncipes, sacerdotes y profetas estaban todos involucrados en la iniquidad, pero en vano intentaron esconderse detrás de la religión como si fuera un talismán que los protegiera de la ira de Dios:

Que edificáis a Sion con sangre, y a Jerusalén con injusticia. Sus jefes juzgan por cohecho, y sus sacerdotes enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero; y se apoyan en Jehová, diciendo: ¿No está Jehová entre nosotros? No vendrá mal sobre nosotros (Miqueas 3:10-11).

Al igual que los líderes, también lo eran las personas que toleraban, apoyaban e incluso pedían a tales sinvergüenzas. El pueblo se deleitaba en los falsos profetas que justificaban su embriaguez (2:11). Tales profetas hicieron errar al pueblo y se vengaron de aquellos que no quisieron alimentarlos (3:5). Los hombres se habían enriquecido usando balanzas “falsas” y pesas “engañosas”, practicando la violencia y diciendo mentiras (6:11-12). No quedaba ninguno bueno o recto, e incluso el mejor de ellos era tan inútil y tan doloroso como un “zarzal” (7:2-4).

En este contexto de iniquidad, Dios desafió al pueblo a explicar su rebelión (6:1-5). Los condenó por su ingratitud, recordándoles las muchas veces que los había librado y perdonado, demostrando así su justicia. El pueblo respondió preguntando, quizás con sarcasmo, qué se necesitaría para calmar la ira de Dios. ¿Le satisfarían los sacrificios de animales, o de aceite, o incluso el sacrificio final del primogénito? (vv. 6-7).

En contraste con sus preguntas sobre los sacrificios, la respuesta de Dios a través de Miqueas es una negativa claramente enunciada:

Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios (v. 8).

Las mismas personas (incluidos el príncipe, el sacerdote y el profeta) que harían sus

ofrendas a Dios saldrían, defraudarían y matarían. En sus vidas faltaba por completo la justicia, la bondad y la humildad ante Dios. Si bien sus sacrificios eran totalmente insuficientes, que nadie acuse al profeta de Dios de minimizar el mismo sistema de sacrificios que Dios había autorizado. El profeta no estaba insinuando que Dios no desea, ordena ni acepta manifestaciones externas de devoción. Él los ha requerido en todas las épocas y todavía los requiere.

Parece que estas personas no estaban tan decididas a agradar a Jehová sino que intentaban calmar Su ira mediante sus rituales, para continuar con una vida diaria de iniquidad. El punto principal de este pasaje (y hasta cierto punto, de todo el libro de Miqueas) es que los actos de adoración, incluso cuando exteriormente se ajustan a la ley de Dios, son vanos e hipócritas cuando no van acompañados de un corazón sincero y una vida virtuosa. Sin embargo, esta no es ni la primera ni la última declaración del principio en la Palabra de Dios.

Más de tres siglos antes, Samuel reprendió severamente al rey Saúl por el mismo tipo de falla:

¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey (1 Samuel 15:22-23).

Una vez más, el clamor de Samuel no fue contra el plan de Saúl de ofrecer sacrificios ni contra el sistema de ofrendas de Dios per se. Sin embargo, ofrecer esos sacrificios en particular habría sido vano y abominable. Los mismos animales para el sacrificio que Saúl había conseguido representaban su rebelión contra un mandato explícito de Dios. Tanto el corazón como la vida del rey estaban lejos de Dios y la matanza y la quema de algunos animales, aunque exteriormente cumplían con la ley de Dios, no podían agradarle.

En medio de la humilde oración de perdón de David, enfatizó este mismo principio:

Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; No quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios (Salmo 51:16-17).

En lugar de la mera muestra de tristeza por el pecado, indicada por el ayuno, el llanto, el duelo y el rasgado de sus vestiduras, Joel amonestó a la nación de Judá en nombre de Jehová: “Convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios” (Joel 2:12-13).

Isaías acusó a los residentes de Jerusalén de adoración hipócrita y alabanza a Dios: “Este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí”

(Isaías 29:13).

El Señor escogió esta misma declaración para caracterizar la absoluta hipocresía de los líderes judíos de su tiempo: “Este pueblo de labios me honra; Mas su corazón está lejos de mí” (Mateo 15:8). Luego agregó que su adoración era vana (v. 9). ¿Quién puede olvidar su juicio sobre los adoradores cuyos corazones no estaban en sus buenas obras, sino que simplemente aparentaban piedad para las alabanzas de los hombres (6:1-7)?

Jesús le dijo a la mujer en el pozo de Jacob que los verdaderos adoradores, el tipo de adoradores que Dios busca, son aquellos que lo adoran en “espíritu y en verdad” (Juan 4:23-24). Los exegetas confiables han entendido durante mucho tiempo que el espíritu en este pasaje se refiere a la sinceridad de uno y la autenticidad de Su devoción mientras se dedica a la adoración. Tal adorador, difícilmente se encontrará viviendo una vida reprobada durante toda la semana. Para decirlo de otra manera, adorar “en espíritu” implica no sólo sinceridad de corazón en los actos de adoración mismos, sino también un corazón y una vida entregados que sustentan los actos devocionales momentáneos. La Verdad es una referencia a la Biblia, la Verdad revelada de Dios – la única fuente de información que cualquier ser humano tiene para aprender qué actos de devoción son requeridos y aceptables para Él.

En este pasaje tenemos la “fórmula de adoración” perfecta de Dios para los adoradores pasados, presentes y futuros. La sinceridad y la verdad se equilibran plenamente. Los actos de adoración, incluso cuando cumplen con la “letra de la ley”, son huecos y vanos si son hechos como mero ritual o si lo ofrece un corazón corrupto. Por otro lado, la adoración ofrecida por alguien que es moralmente recto en todos los sentidos – y que es sincero en sus actos de devoción – no agrada a Dios si ignora las vías de adoración de Dios (como Nadab y Abiú aprendieron “por las malas” [Levítico 10:1-2]). Nunca ha sido “uno u otro”, sino siempre “ambos”.

Con razón hemos tratado de enseñar a quienes pertenecen al mundo religioso en general lo incorrecto que es ofrecer una adoración no autorizada. Debemos continuar haciéndolo, pero debido a la ignorancia generalizada y a muchos líderes antinomianos, ahora debemos enseñar a muchos del propio pueblo del Señor esta misma lección esencial.

Nunca olvidemos que, por más esencial que sea ofrecer todos y sólo aquellos actos de adoración que Dios ha autorizado, uno puede hacerlo y aun así ofrecer adoración vana si la sinceridad reverente y el vivir diario puro no nos caracterizan. Aquellos que conciben la religión verdadera como asistir a una hora de adoración una vez por semana, sin apenas pensar en Dios, la han perdido por completo. ¿Y qué pasa con aquellos que parecen creer que mientras estén

presentes el tiempo suficiente en el día del Señor para mordisquear un poco de pan y sorber un poco del fruto de la vid, han “cumplido con su deber” y pueden irse y vivir como quieran?

Luego están aquellos que cantan en voz alta: “Más puro de corazón, oh Dios, ayúdame a ser...” los domingos por la mañana, pero que aparentemente no ven ninguna inconsecuencia en contaminar sus mentes el resto de la semana bebiendo de diversos pozos negros de entretenimiento. Otros no asistirán a la asamblea en la mañana del día del Señor para ir a cazar venados o a un partido de fútbol infantil, y luego entrarán el domingo por la noche para participar de la cena del Señor. Creo que han perdido el tiempo en cuanto a la adoración aceptable.

No hay principio más claro en las Escrituras que el que uno no se puede sustituir un corazón en sintonía con uno mismo y con el mundo por actos de adoración externos y superficiales. Vamos todos a dedicarnos nuevamente a honrar a Dios y a Su Hijo con nuestro corazón y nuestro comportamiento diario, así como con nuestros labios y nuestros actos de adoración cuando nos reunimos para adorar.

[Nota: Escribí este manuscrito para mi columna “Perspectiva Editorial” y se publicó en la edición de abril de 2002 de *THE GOSPEL JOURNAL*, del cual yo era editor en ese momento.

Atribución: Tomado de *TheScripturecache.com*; Dub McClish, propietario y administrador.